

EL HORLA Y OTROS RELATOS MACABROS

PRIMEROS CAPÍTULOOS PROMOCIONALES

Guy de Maupassant

**EL HORLA Y OTROS
RELATOS MACABROS**



Selección
CLÁSICOS UNIVERSALES

© MESTAS EDICIONES, S.L.
Avda. de Guadalix, 103
28120 Algete, Madrid
Tel. 91 886 43 80
Fax: 91 886 47 19
E-mail: info@mestasediciones.com
www.mestasediciones.com
<http://www.facebook.com/MestasEdiciones>
<http://www.twitter.com/#!/MestasEdiciones>
© Derechos de Traducción: Mestas Ediciones S.L.
Correcciones: Ana Naranjo García

Director de colección: J. M. Valcárcel

Ilustración de cubierta bajo licencia Adobestock.
Autor: Sunnychicka

Primera edición: *Septiembre, 2018*
Segunda edición: *Junio, 2025*

ISBN: 978-84-17244-77-4
Depósito legal: M-26092-2018
Printed in Spain - Impreso en España

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Repográficos - www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

Un joven de posición desahogada, soltero, que pasa todo su tiempo entre París y su casa de campo cercana a Ruan en compañía de sus criados comienza a sentir o intuir la presencia de un misterioso ser invisible llamado el Horla, que lo acompaña, lo invade y lo controla, dominando su existencia. Cada noche, mientras duerme, hace acto de presencia en sus aposentos e invade su privacidad, lo que le hace llegar a cuestionar hasta su propia cordura al activar y desatar sus miedos más profundos. Un ser invisible capaz de mover los objetos, beber leche e interferir en el reflejo del protagonista en un espejo, sin una forma definida, pero con una consistencia material, y, según parece, con la capacidad de hablar.

Este relato fantástico en forma de diario se publicó originalmente el 23 de octubre de 1882 en el periódico *Le Gaulois*. El tema obsesionó a su autor hasta el punto de realizar hasta tres versiones de este mismo cuento, la última de las cuales, del 25 de mayo de 1887, la más completa y difundida, es la que les ofrecemos en esta cuidada selección.

El Horla, tal vez la joya maestra del baúl de obras cortas de Maupassant, en su versión definitiva, está acompañado de otros títulos de categoría indiscutible que hemos escogido para esta edición: *El miedo*, *Aparición*, *La mano*, *Mademoiselle Fifi*, *La muerta*, *Confesiones de una mujer*, *Junto a un muerto*, *La noche* y *La tumba*, que constituyen una buena muestra del genio literario de su autor.

«La soledad es peligrosa: cuando estamos solos mucho tiempo, poblamos nuestro espíritu de fantasmas».

Este libro contiene algunos de los más magistrales relatos cortos escritos en lengua francesa. Su simplicidad es parte de su grandeza. Las historias de Maupassant son el fiel reflejo de la sociedad de su época, por lo que se le puede considerar un auténtico fotógrafo de su tiempo, pues no se involucra jamás en las historias que cuenta.

Maupassant desarrolló todo su talento literario alrededor del cuento de una manera sublime, encontrando en él un género propicio a su ingenio y a sus facultades, para consolidarlo y renovarlo como nadie antes había podido hacer en la historia de la literatura. El cuento es el género más característico de su obra y lo que representa mejor su originalidad y sus obsesiones: la locura, la muerte y el más allá. En su corta vida llegó a publicar siete novelas y más de trescientos cuentos que, en su conjunto y a pesar de la brevedad de muchos de ellos, suponen una auténtica obra maestra que lo dio a conocer como uno de los cuentistas más destacados de la historia de la literatura, tal como han significado autores de la talla de Joseph Conrad, Lev Tolstói, Henry James, Horacio Quiroga... y tantos otros lectores privilegiados que declararon su talento.

A Maupassant la fama le llegó tarde y publicó la mayoría de su obra en los últimos años de su vida, fruto de un trabajo frenético que le suponía publicar entre uno y dos relatos semanales en las conocidas revistas *Le Gaulois* y *Gil Blas*. A partir de la publicación de *Bola de Sebo* en el año 1880, el éxito le sonrió, se hizo famoso de un día para otro, y las cosas comenzaron a rodar a su favor, convirtiéndose en uno de los más grandes especialistas y maestros del cuento de terror.

«Usted tiene un ejército de mediocridades seguido por una multitud de tontos. Como los mediocres y los tontos son siempre la inmensa mayoría, es imposible que se elija un gobierno inteligente».

Henry René Albert Guy de Maupassant, discípulo destacado de Flaubert y uno de los autores más plagiados de la historia de la literatura, nació en el castillo de Miromesnil, en Dieppe, Francia, en el seno de una noble familia de la alta aristocracia francesa, el 5 de agosto de 1850. Pese a tener una infancia muy normal, su madre lo motivó al estudio de las lenguas clásicas desde una edad muy temprana y le facilitó su relación con Gustave Flaubert. Posteriormente, la separación amistosa de sus padres, por los continuos engaños de él con otras mujeres, influyó mucho en el joven escritor y enfrió la relación entre padre e hijo. Flaubert lo tomó bajo su protección, desempeñando, en cierta medida, el papel de un padre ausente, abriéndole la puerta de destacados periódicos y presentándole a Zola, Turgéniev y a los hermanos Goncourt, entre otros.

Guy se trasladó a París tras la derrota francesa en la guerra franco-prusiana y comenzó allí sus estudios de Derecho, que abandonó enseguida para trabajar como funcionario en varios ministerios.

En 1880 publica su primera obra destacada, el cuento *Bola de Sebo*, que algunos califican de obra maestra y que le otorgó enseguida una repentina notoriedad y fama en el mundillo literario. En 1881 publica *La Casa Tellier*, otro relato corto excelente. Los temas predilectos de sus obras son los campesinos normandos, la pequeña burguesía, las alucinaciones de la locura, la guerra franco-prusiana de 1870, las aventuras amorosas y esa creencia constante sobre la mediocridad de los funcionarios de la época, de los que él mismo había formado parte durante un tiempo.

Tuvo una vida social movida, incluso díscola, entre compañías de dudosa reputación, y fue sexualmente promiscuo, partidario de un amor basado en el puro instinto animal. Fue un pesimista. Nunca disfrutó del verdadero amor, ni siquiera lo intentó a lo largo de su vida. Fue un misógino y un misántropo que desechaba cualquier tipo de relación profunda y duradera, negándose a toda atadura o vínculo social, incluido, claro está, el matrimonio. Pese a ello, tras su muerte se destapó el secreto de su relación con una mujer y de tres supuestos hijos. Ella, al parecer, judía, se llamaba Josephine Litzelmann y era natural de Alsacia.

A lo largo de su vida padeció fuertes migrañas y abusó del consumo de drogas como la cocaína y el éter, que creía que le potenciaban su natural talento y le facilitaban sus constantes alucinaciones y visiones para condicionar de esa manera toda su narrativa. La sífilis que sufría le ocasionó al final graves problemas nerviosos, con síntomas de locura y episodios de pánico heredados que lo llevaron a un intento de suicidio el 1 de enero de 1892. Tras nuevos intentos, terminó ingresado en una clínica parisina donde falleció un año más tarde.

*«El patriotismo es una especie de religión,
es el huevo en donde se empollan las guerras».*

Considerado uno de los principales baluartes de la escuela naturalista, Maupassant no quiso nunca que le atribuyesen esta militancia. Su prosa, como ya hemos comentado, era sencilla pero directa; se limitaba a describir sus observaciones con todo detalle y jamás se involucraba en las interesantes historias que contaba.

Entre su extensa obra literaria podemos destacar seis novelas, seis obras de teatro, una antología poética, tres libros de viajes, innumerables crónicas periodísticas —sobre literatura,

política, sociedad...— y unos trescientos cuentos que constituyen la joya de la corona de su creación literaria. Destacan entre ellos sus cuentos de terror, a la misma altura de los de Poe, donde dominan la muerte y lo sobrenatural como temas más destacados.

Entre sus novelas podemos destacar *Bel Ami* (1885) y *Fuerte como la muerte* (1889).

«Cualquier cosa que se quiera decir, solo hay una palabra para expresarla, un verbo para animarla y un adjetivo para calificarla».

Guy de Maupassant

El editor

EL HORLA^[1]

8 de mayo

¡Un día espléndido! Me he pasado toda la mañana tirado en la hierba, delante de mi casa, bajo un gigantesco plátano que la cubre, la resguarda y le da sombra por completo. Me encanta esta comarca, y me gusta vivir en ella porque de aquí son mis raíces, las que vinculan a un hombre a su tierra, a la tierra en la que han nacido y en la que han muerto sus abuelos, que lo vinculan a lo que allí se piensa y se come, tanto a las costumbres como a los alimentos, a los giros locales, a las entonaciones de los campesinos, a los olores de la tierra, de los pueblos y hasta del mismo aire.

Me gusta la casa donde crecí. Desde mis ventanas puedo ver el Sena, que corre todo a lo largo de mi jardín, detrás de la carretera, casi dentro de mi misma casa, ese enorme y ancho Sena que discurre de Ruan a Le Havre, lleno de barcos que lo surcan.

A la izquierda, en la lejanía, Ruan, esa ciudad espaciosa con los tejados azules, bajo una muchedumbre de empinados campanarios góticos. Son incontables, frágiles o amplios, todos dominados por la aguja de hierro de la catedral y abarrotados de campanas que suenan bajo el azul cielo de las mañanas claras, lanzando hacia mí su lejano y dulce zumbido de hierro, su canto bronceo que me trae la brisa, a veces con

[1] Versión de mayo de 1887.

fuerza, otras debilitada, según despierte o se adormezca la brisa.

¡Qué buen tiempo hacía por la mañana!

Sobre las once, ante mi verja desfiló un extenso convoy de navíos, arrastrados por un remolcador del tamaño de una mosca que iba jadeando por el esfuerzo mientras vomitaba una espesa humareda.

Detrás de un par de goletas inglesas, cuyo rojo pabellón ondeaba en el cielo, llegaba un espléndido buque brasileño de tres palos, blanco, admirablemente limpio y reluciente. Sin conocer el motivo, le envié un saludo de tanto que disfruté al verlo.

12 de mayo

Tengo algo de fiebre desde hace unos días; no me encuentro muy bien, o mejor dicho, estoy triste.

¿De dónde provienen esas misteriosas influencias que transforman en desánimo nuestra felicidad y en angustia nuestra confianza? Se podría decir que el aire, ese aire invisible está lleno de inescrutables potencias cuya misteriosa cercanía debemos sufrir. Me despierto pletórico de alegría, con ganas de cantar en mi garganta. ¿Por qué? Bajo hasta la orilla del agua y, de repente, tras un breve paseo, regreso lleno de desolación, como si me esperase en casa cualquier desgracia. ¿Por qué? ¿Acaso se trata de algún escalofrío que, al estremecerme la piel, desquicia mis nervios y ensombrece mi alma? ¿Acaso son la sombra de las nubes o el color de cada día de las cosas, tan variable, los que, a través de mis ojos, han perturbado mis pensamientos? ¿Alguien lo sabe? ¿Todo lo que nos rodea, todo cuanto vemos sin mirar, todo cuanto rozamos sin conocer, cuanto tocamos sin palpar, cuanto tropezamos sin diferenciar, tiene sobre nosotros y nuestros órganos, y a través de ellos

sobre nuestras ideas y nuestro mismo corazón, efectos rápidos, extraordinarios e imposibles de explicar?

¡Cuán profundo es el misterio de lo invisible! No somos capaces de sonarlo a través de nuestros miserables sentidos, con nuestros ojos incapaces de percibir lo demasiado pequeño, lo demasiado grande, lo demasiado cercano, lo demasiado lejano, los habitantes de una estrella, los habitantes de una mera gota de agua..., con nuestros oídos engañándonos al transmitirnos las vibraciones del aire como si fueran notas de sonido. Unas notas que personifican hadas que hacen el milagro de alterar ese movimiento en ruido y, por esa metamorfosis, dan nacimiento a la música, que transforma en canto esa muda agitación de la naturaleza..., con nuestro olfato, más débil que el de un perro..., con nuestro gusto, que apenas puede establecer la edad de un vino.

¡Ay, si pudiésemos tener unos órganos distintos que trabajasen haciendo para nuestro provecho algunos milagros, cuántas cosas más se pudieran descubrir alrededor nuestro!

16 de mayo

No cabe duda alguna: estoy enfermo. Me encontraba perfectamente el mes pasado... Tengo fiebre, una fiebre terrible, o, mejor aún, un envenenamiento febril que vuelve tan doliente mi alma como mi cuerpo. No me puedo quitar de encima esa horrible sensación de un peligro amenazador, de la llegada de una desgracia que se avecina o de una muerte que se va acercando, ese tipo de presentimiento que, sin duda, es el ataque de algún mal aún desconocido que se origina en la sangre y en la carne.

18 de mayo

Vengo de una consulta con mi médico, pues ya era incapaz de dormir. Me ha encontrado el pulso alterado, las pupilas dilatadas, los nervios desquiciados, pero ningún síntoma alarmante. Me ha recetado bromuro de potasio y unas duchas.

25 de mayo

¡No ha habido cambios! Mi estado es realmente extraño. A medida que la noche se aproxima, me invade una incomprensible inquietud, como si la oscuridad guardase una amenaza terrible para mí. Ceno rápido y después intento leer algo; pero no soy capaz de entender las palabras, apenas puedo distinguir las letras. Entonces paseo de arriba abajo por el salón, bajo el peso de un profundo temor confuso e irresistible, el miedo al sueño y el temor a la cama.

Sobre las diez, más o menos, subo a mi habitación. Nada más entrar, cierro la puerta con una doble vuelta de la llave y echo el cerrojo; tengo miedo..., pero ¿de qué?... Hasta ahora nunca temí nada... Abro los armarios, miro debajo de la cama; escucho..., escucho..., ¿el qué? ¿No es muy extraño que un simple malestar, una alteración circulatoria, posiblemente, la irritación de un pequeño nervio, algo de congestión, una minúscula perturbación en el tan imperfecto y delicado funcionamiento de nuestra máquina viviente pueda transformar a alguien melancólico en el más alegre de los hombres, y en cobarde al más valiente? Luego me acuesto y espero que llegue el sueño como se espera al verdugo, con el espanto de su llegada; mi corazón palpita y mis piernas tiritan; y todo mi cuerpo se estremece bajo el calor de las sábanas hasta el instante en que, de repente, me adentro en el descanso como quien se sumerge para ahogarse en cualquier abismo de agua estancada. No lo siento llegar, como me pasaba antes, a ese

pérfido sueño, oculto cerca de mí, que me está acechando, que me agarra la cabeza y me cierra los ojos aniquilándome.

Duermo un buen tiempo —dos o tres horas—, y entonces un sueño —o una pesadilla— se apodera de mí. Noto perfectamente que estoy acostado y me duermo... Lo siento y lo sé..., y también sé que alguien se me está acercando, me mira, me palpa, se sube a mi cama, se arrodilla sobre mi pecho, me coge del cuello con ambas manos y aprieta..., aprieta... con todas sus fuerzas para estrangularme.

Atrapado por esa atroz impotencia que nos paraliza en los sueños, me debato. Quiero gritar, pero no puedo; quiero moverme, pero soy incapaz; con unos horribles esfuerzos, jadeante, intento volverme, rechazar a ese ente que me aplasta y me ahoga..., pero no puedo.

De pronto me despierto medio enloquecido, empapado en sudor. Enciendo una vela. Estoy solo.

Pasada la crisis, que cada noche se repite, acabo durmiendo tranquilamente hasta la madrugada.

2 de junio

Mi estado continúa agravándose. ¿Qué es lo que tengo? El bromuro no sirve de nada, ni tampoco las duchas. Hace un rato, para agotar mi cuerpo ya cansado de por sí, he ido a dar un paseo por el bosque de Roumare. Creí al principio que el aire fresco, ligero y suave, cargado de olor a hierbas y hojas, vertía en mis venas una nueva sangre y en el corazón una renovada energía. Seguí un ancho sendero de caza y luego giré hacia La Bouille por un estrecho camino entre dos agrupaciones de árboles desmesuradamente altos que intercalaban un techo de verdor espeso, casi negro, entre el cielo y yo.

De repente me asaltó un estremecimiento, no de frío, sino un extraño estremecimiento de angustia.

Aceleré el paso, inquieto por encontrarme solo en aquel bosque, atemorizado, sin ninguna razón y estúpidamente, debido a esa profunda soledad. De pronto sentí que alguien me estaba siguiendo, que me pisaba los talones, cerca, muy cerca, casi tocándome.

Me volví bruscamente. Me encontraba solo. A mis espaldas tan solo pude ver la recta y amplia avenida vacía, alta, espantosamente vacía; y por el otro lado se extendía también hasta perderse de vista, toda ella igual y espantosa.

Cerré los ojos. ¿Por qué? Y me puse a dar vueltas sobre un talón, muy rápido, como si fuese una peonza. Casi me caigo; volví a abrir los ojos; los árboles bailaban, la tierra flotaba; me tuve que sentar. Y después, ¡ay!, ya no sabía por dónde había llegado hasta allí. ¡Extraña idea! ¡Extraña! No había manera de saberlo. Comencé a caminar por el lado que se encontraba a mi derecha y regresé a la avenida que me había llevado hasta el centro del bosque.

3 de junio

La noche ha sido terrible. Me ausentaré unas cuantas semanas. Sin duda, un pequeño viaje me repondrá.

2 de julio

Regreso. Ya estoy curado. La excursión ha sido una delicia. He visitado el monte Saint-Michel, que no conocía.

¡Menuda visión cuando se llega a Avranches a la caída de la tarde! La ciudad se encuentra sobre una colina; y me llevaron al jardín público, en uno de los límites de la población. Lancé un grito de estupor. Ante mí se extendía una desmesurada bahía, que se perdía de vista entre dos costas separadas que desaparecían a lo lejos entre las brumas, y en medio de aquella inmensa bahía amarilla, bajo un cielo dorado y claro,

se alzaba un extraño monte, sombrío y puntiagudo, en medio de las arenas. El sol se acababa de esconder, y sobre un todavía llameante horizonte se dibujaba el perfil de esa descomunal roca que lleva en su cumbre un fantástico monumento.

Me encaminé hacia él al amanecer. La marea estaba baja, como la víspera, y mientras me acercaba veía levantarse ante mí aquella sorprendente abadía. Tras algunas horas de marcha, llegué hasta el enorme bloque de piedra que soporta esa pequeña población dominada por la imponente iglesia. Tras subir una calle estrecha y empinada, entré en la más admirable morada gótica que Dios había construido sobre la tierra, tan extensa como una ciudad, repleta de salas bajas aplastadas bajo las bóvedas y de unas altísimas galerías sostenidas por frágiles columnas. Entré en aquella gigantesca joya de granito, casi tan ligera como un bordado, toda cubierta de torres de armoniosos pináculos, a los que ascienden retorcidas escaleras, y que arrojan al azul cielo de los días y al negro cielo de las noches sus raras cabezas erizadas por quimeras, demonios, bestias fantásticas, monstruosas flores, y que combinan entre sí unos sutiles arcos labrados.

Cuando llegué a la cumbre, le dije al monje que me acompañaba: «Padre, ¡qué a gusto deben de vivir aquí ustedes!».

Él me respondió: «Hace bastante viento, señor»; y comenzamos a charlar mientras observábamos cómo subía la marea corriendo por la arena para cubrirla con una coraza de acero.

El monje me contó algunas historias, viejas historias de aquel lugar, leyendas, siempre leyendas.

De todas ellas, una me impresionó mucho. La gente de la región, la del monte, asegura que por las noches se oye hablar en las arenas, que justo luego se oye balar a un par de cabras, una con tono fuerte, otra con tono débil. Los incrédulos aseguran que son gritos de aves marinas que a veces se asemejan a balidos, y a veces a quejidos humanos; pero los pesca-

dores juran haber encontrado, merodeando entre las dunas, entre dos mareas, alrededor del pequeño pueblo arrastrado lejos del mundo, a un viejo pastor cuya cabeza cubierta por su capa nunca se puede ver y que se encarga de guiar, andando delante de ellos, a un chivo con el rostro de un hombre y a una cabra con rostro de mujer, ambos con extensos cabellos blancos y que hablan sin parar, discutiendo entre sí en un lenguaje desconocido y dejando de repente de gritar para comenzar a balar con todas sus fuerzas.

Le pregunté al monje:

—¿Usted se lo cree?

Y él murmuró:

—No lo sé.

Yo añadí:

—Si sobre esta tierra existiesen seres distintos a nosotros, ¿cómo no íbamos a conocerlos con todo el tiempo que ha pasado? ¿Cómo no íbamos a verlos? ¿Cómo no habríamos de haberlos visto?

Él respondió:

—¿Acaso no vemos solo una cienmillonésima parte de todo lo que existe? Observe, ahí está el viento, la mayor fuerza de la naturaleza, capaz de derribar hombres, abatir edificios, desarraigar árboles, levantar los mares en montañas de agua, destruir acantilados y arrojar a los grandes barcos contra las rompientes... Ese viento que mata, silba, gime, vibra..., ¿usted lo ha visto?, ¿puede verlo? Y, sin embargo, existe.

Me callé ante un razonamiento tan simple. El hombre aquel era un sabio, o tal vez un necio. No hubiese podido asegurarlo con exactitud; pero me callé. Lo que él decía yo lo había pensado a menudo.

3 de julio

No he dormido bien. Debe deberse a alguna influencia febril, porque mi cochero sufre el mismo malestar que yo. Ayer, cuando regresé, ya advertí su particular palidez. Y le pregunté:

—¿Qué le sucede, Jean?

—Pues que no logro descansar, señor; las noches se comen mis días. Desde que se marchó el señor, padezco una especie de maleficio.

Los demás criados están perfectamente, aunque tengo mucho miedo de que vuelva a sucederme a mí.

4 de julio

No hay ninguna duda. Ha vuelto a sucederme. Regresan mis antiguas pesadillas. Esta misma noche he sentido a alguien acurrucado a mi lado, con la boca pegada a la mía, bebiendo mi energía de entre mis labios. Sí, extraña mi vida de mi garganta como cualquier sanguijuela. Luego, saciado, se ha levantado. Yo me he despertado tan perjudicado, roto y aniquilado que ni siquiera era capaz de moverme. Si esto prosigue unos días más, me volveré a marchar.

5 de julio

¿Acaso he perdido la razón? Lo que me ha pasado, lo que vi la pasada noche es tan extraordinario que pierdo la cabeza cuando pienso en ello. Como ahora suelo hacer cada noche, cerré mi puerta con llave; después, como estaba sediento, me bebí medio vaso de agua y de casualidad me percaté de que mi jarra se encontraba llena hasta el tapón de cristal.

Enseguida me acosté sumiéndome en uno de mis terribles sueños, de los que una fiera sacudida me arrancó pasadas unas dos horas.

Imagínense a un hombre dormido al que intentan asesinar y se despierta con un cuchillo clavado entre los pulmones y que, recubierto de sangre, lanza estertores y no puede ni respirar, y que va a morir y no comprende nada...

Una vez que recobré el juicio, sentí sed de nuevo; encendí una vela y fui hasta la mesa donde estaba la jarra. La levanté hasta inclinarla sobre el vaso, pero no cayó nada. ¡Estaba vacía! ¡Totalmente vacía! No entendí nada al principio; pero al rato sentí, de pronto, una emoción tan terrible que tuve que sentarme, o, dicho de otra forma, me caí sobre una silla. Después me incorporé de un salto para mirar a mi alrededor, loco de estupefacción y miedo ante el cristal transparente. Lo estaba contemplando con los ojos anclados, intentando adivinar. ¡Me temblaban las manos! ¡Se habían bebido el agua! ¿Quién? ¿Yo? ¡No había duda! ¡Yo! Solo podía haber sido yo. Entonces era un sonámbulo; sin saber nada, vivía esa doble vida misteriosa que nos hace dudar si existen dos seres dentro de nosotros, o si un extraño ser, incognoscible e invisible, anima, en ocasiones, cuando nuestra alma está compungida, nuestro cuerpo aprisionado, obedeciendo a ese otro igual que a nosotros mismos, aún más que a nosotros mismos.

¡Ay! ¿Quién será capaz de comprender mi execrable angustia? ¿Quién podrá comprender las emociones de un hombre, sano de mente y muy despierto, asistido de razón, que mira asustado a través del cristal de la jarra un poco de agua que ha desaparecido mientras dormía? Yo me mantuve allí hasta el amanecer, sin tener valor para volver a la cama.

6 de junio

Me estoy volviendo loco. Esta noche se han vuelto a beber toda el agua de la jarra, o mejor dicho, ¡me la he bebido yo!

Pero, en realidad..., ¿fui yo? ¿Quién si no puede ser? ¿Quién? ¡Dios mío! ¿Me estaré volviendo loco? ¿Me puede salvar alguien?

10 de julio

Acabo de hacer una prueba sorprendente.

No hay ninguna duda: estoy loco.

El 6 de julio, antes de irme a la cama, dejé vino sobre mi mesa, leche, agua, pan y unas fresas.

Se bebieron —me bebí— todo el agua y algo de leche. No tocaron el vino, ni el pan, ni las fresas.

El 7 de julio repetí la misma prueba y con el mismo resultado.

El 8 de julio suprimí el agua y la leche. No tocaron nada.

Finalmente, el 9 de julio puse sobre la mesa agua y leche solamente, teniendo el cuidado de envolver las jarras en unos paños de muselina blanca y de atar los tapones con una cuerda. Entonces me unté los labios, la barba y las manos con una mina de plomo, y luego me acosté.

El invencible sueño me dominó, seguido pronto de un atroz despertar. Ni me había movido. En las sábanas no había manchas. Me dirigí a la mesa. Los paños que cubrían ambas botellas continuaban inmaculados. Desaté los cordeles temblando de miedo. ¡Se habían bebido toda el agua! ¡Y toda la leche! ¡Ay, Dios santo!...

Salgo inmediatamente a París.

12 de julio. París

¡Así que perdí el juicio unos días atrás! He debido de ser un juguete para mi debilitada imaginación, a no ser que de verdad sea sonámbulo, o a no ser que haya sido víctima de

una de esas influencias comprobadas, pero hasta ahora sin explicación, que se denominan sugerencias. En todo caso, mi problema rayaba en la demencia, y solo veinticuatro horas en París han bastado para devolverme mi compostura.

Ayer, tras varias diligencias y visitas que refrescaron mi alma con un nuevo aire vivificante, acabé la noche en el Théâtre-Français. Representaban una obra de Alexandre Dumas hijo, y ese poderoso ingenio siempre en alerta acabó de curarme. No cabe duda, la soledad es muy peligrosa para las inteligencias en acción. A nuestro alrededor necesitamos de hombres que piensen y laboren. Cuando permanecemos en soledad mucho tiempo, llenamos ese vacío de fantasmas.

Volví muy contento por los bulevares al hotel. Mientras me mezclaba con la multitud, pensaba, con cierta ironía, en mis terrores, en mis suposiciones de la semana pasada, pues había creído, sí, había creído que un invisible ente habitaba bajo mi techo. ¡Qué mente tan débil tenemos y cómo se asusta y desestabiliza enseguida, en cuanto un insignificante suceso fuera de nuestra comprensión nos impresiona!

En lugar de razonar simplemente: «No llego a comprender por qué desconozco su causa», enseguida imaginamos espantosos misterios y poderes sobrenaturales.

14 de julio. Fiesta de la República

He dado un paseo por las calles. Los petardos y las banderas me divertían igual que a cualquier niño. Pero es una necedad ponerse contento en una fecha fija como si fuese un decreto gubernamental. El pueblo es un rebaño de imbéciles, en ocasiones paciente de una manera estúpida, y en otras rebeldemente feroces. Le dicen: «Diviértete», y se divierte. Le dicen: «Ve a combatir contra el vecino», y va a combatir. Le dicen: «Vota por el emperador», y vota por el emperador.

Luego le dicen: «Vota por la República», y vota por la República.

Los que dirigen son igual de imbéciles; pero en lugar de obedecer a hombres, obedecen a principios, que no son más que necios, inútiles y falsos, por el mero hecho de ser principios, es decir, unas reputadas ideas ciertas e inmutables en un mundo donde nadie está seguro de nada, pues la luz tan solo es una ilusión, y el ruido es otra ilusión.

16 de julio

Ayer pude ver cosas que me perturbaron enormemente.

Cenaba en casa de mi prima, la señora Sablé, cuyo marido se encuentra al mando del 76.º regimiento de cazadores de Limoges. Estaba en su casa yo con dos jóvenes mujeres, una de ellas casada con un médico, el doctor Parent, que se ocupa de enfermedades nerviosas y de manifestaciones extraordinarias producidas por las experiencias sobre hipnotismo y sugestión.

Nos habló largo y tendido de los sublimes resultados obtenidos por unos sabios ingleses y por los doctores de la escuela de Nancy.

Los hechos que nos contó se me antojaron tan extraños que me declaré un total incrédulo.

—Estamos casi a punto de descubrir —aseguraba— uno de los más importantes secretos de la naturaleza; es decir, uno de los más importantes secretos sobre esta tierra, porque existen, sin duda alguna, otros secretos mucho más importantes allá en la lejanía, en las estrellas. Desde que el hombre piensa, desde que es capaz de decir y poner por escrito sus pensamientos, se siente tocado por un impenetrable misterio para sus sentidos burdos e imperfectos, e intenta suplir, mediante el esfuerzo de su mente, esa impotencia de sus órganos. Mientras esa inteligencia estaba en un estado rudimentario, la obsesión

por los fenómenos invisibles tomó unas formas sencillamente espantosas. De ahí nacieron esas creencias populares en todo lo sobrenatural, las leyendas sobre espíritus vagabundos, de las hadas, de los gnomos, de las apariciones, y hasta diría que la leyenda de Dios, porque nuestras concepciones sobre el Obrero-Creador, provengan de la religión que sea, son algunos de los inventos más mediocres, estúpidos e inaceptables salidos del atemorizado cerebro de los organismos. No hay nada más cierto que la siguiente frase de Voltaire: «Dios creó a los hombres a su imagen y semejanza, pero el hombre se lo ha devuelto con creces».

»Pero, hace ya algo más de un siglo, parece ser que se presiente algo novedoso. Mesmer^[2] y algunos otros nos han descubierto un camino inesperado, y desde hace cuatro o cinco años, sobre todo, hemos llegado a unos sorprendentes resultados.

Mi prima, una incrédula también, sonreía. El doctor Parent le preguntó:

—¿Quiere que intente dormirla, señora?

—Sí, no tengo ningún inconveniente —respondió ella.

Ella se sentó en el sillón, y él comenzó a mirarla fijamente para fascinarla. Yo me sentí de repente algo incómodo; el corazón se me desbocó y tenía una especie de nudo en la garganta. Contemplé que a la señora Sablé le comenzaban a pesar los párpados, se le crispaba la boca, y el pecho se le salía.

Pasados diez minutos, se durmió.

—Póngase usted detrás —dijo el médico.

[2] El mesmerismo o doctrina del magnetismo animal hacía referencia a un supuesto medio etéreo postulado como agente terapéutico por el médico alemán Franz Mesmer (1733-1815). El flujo Mesmer entendía la salud calibre del proceso de la vida a través de cientos de canales eléctricos que recorren el cuerpo humano; un método de inducción de trance hipnótico cuyos pases favorecían la liberación del espíritu, abriendo el subconsciente del paciente, cuya voluntad quedaba expuesta a toda clase de sugerencias.

Y me senté detrás de ella. Él le puso una tarjeta de visita entre las manos y le dijo:

—Esto es un espejo. ¿Qué ve en él?

—Veo a mi primo —respondió ella.

—¿Qué está haciendo?

—Se atusa el bigote.

—¿Y ahora qué hace?

—Saca una fotografía de su bolsillo.

—¿Qué fotografía? —le preguntó él.

—La suya.

¡Y era cierto! Aquella fotografía me la acababan de dar en el hotel aquella misma noche.

—¿Cómo está en el retrato? —continuó preguntando.

—Está de pie, con su sombrero en la mano.

Es decir, que era capaz de ver en aquella tarjeta, en aquella cartulina blanca, lo mismo que hubiera visto ante un espejo.

Las jóvenes, muy asustadas, decían: «¡Basta! ¡Basta! ¡Es suficiente!».

Pero entonces el doctor le ordenó:

—Mañana se levantará usted a las ocho en punto; irá después a buscar al hotel a su primo, y le suplicará que le preste cinco mil francos que le pide su marido y que él le reclamará en su próximo viaje».

A continuación la despertó.

Mientras regresaba al hotel, iba pensando en aquella curiosa sesión y tuve dudas, no sobre la total, indudable buena fe de mi prima, a la que conocía desde la infancia como si fuese una hermana, sino sobre un posible truco del doctor. ¿No disimularía en la mano un espejo para mostrárselo a mi prima dormida, al mismo tiempo que la tarjeta de visita? Los magos profesionales hacen cosas tan extraordinarias como esa.

Así pues, regresé a casa y me acosté.

Pero esa mañana, sobre las ocho y media, me despertó mi mayordomo y me dijo:

—Ha llegado la señora Sablé y quiere hablar ahora mismo con el señor.

Me vestí corriendo para recibirla.

Ella se sentó bastante alterada, con los ojos blancos, y, sin alzarse su velo, me dijo:

—Querido primo, me veo obligada a pedirle un gran favor.

—¿Cuál, prima?

—Me molesta sobremanera decírselo, pero debo hacerlo. Necesito... necesito urgentemente cinco mil francos.

—¿Cómo dice? ¿Usted?

—Sí, yo, o mejor dicho, mi marido, que me ha pedido que los consiga.

Estaba tan atónito que balbuceaba cada respuesta. Me preguntaba si en realidad no se estaba burlando de mí de acuerdo con el doctor Parent y si aquello no era más que una mera farsa preparada por ambos de antemano y muy bien ejecutada.

Pero, al mirarla con atención, todas mis dudas se evaporaron. Estaba temblando, angustiada porque aquel paso le resultaba muy doloroso, y me percaté de que estaba conteniendo su llanto en la garganta.

Como sabía que era muy rica, le repliqué:

—Pero ¿su marido no dispone de cinco mil francos? Venga, reflexione. ¿Está segura de que le ha solicitado que me los pida?

Vaciló por unos segundos como haciendo un enorme esfuerzo para buscar en su memoria. Luego respondió:

—Sí... sí..., estoy segura.

—¿Le ha escrito?

Vaciló de nuevo mientras pensaba en ello. Pude adivinar el torturador trabajo de su pensamiento. No lo sabía. Tan solo sabía que debía pedirme prestados los cinco mil francos para su esposo, por lo que tomó la decisión de mentir.

—Sí, me ha escrito —respondió.

—¿Cuándo? Ayer no me dijo usted ni una palabra.

—Recibí su carta esta mañana.

—¿Me la puede enseñar?

—No..., no..., no. En ella había cosas demasiado íntimas..., muy personales... Ya la he... la he quemado.

—Entonces su marido tiene deudas.

Dudó otra vez y susurró:

—No lo sé.

De manera algo brusca le dije:

—Es que en este momento, mi querida prima, no puedo disponer de esos cinco mil francos.

Soltó un grito de dolor.

—¡Oh, se lo suplico, se lo ruego, búsquelos!...

Estaba muy exaltada, unía sus manos como suplicando. Su voz cambiaba de tono; lloraba y tartamudeaba, acosada, dominada por esa irresistible orden que había recibido.

—¡Oh, se lo suplico!... Si usted supiera cuánto sufro... Los necesita hoy mismo.

Me compadecí de su sufrimiento.

—Los tendrá usted enseguida, se lo juro.

Ella exclamó:

—¡Oh, gracias, gracias! ¡Qué buena persona es usted!

Yo continué:

—¿Recuerda qué pasó en su casa ayer por la noche?

—Sí.

—¿Puede recordar usted que el doctor Parent la durmió?

—Sí.

—Pues le ordenó venir aquí esta mañana a pedirme prestados cinco mil francos, y usted está obedeciendo en estos momentos a esa sugestión.

Ella reflexionó unos instantes y respondió:

—Pero si es mi marido el que los pide.

Traté de convencerla durante una hora, pero no lo logré.

Cuando se marchó, fui corriendo a casa del doctor. Estaba a punto de marcharse y me escuchó con una sonrisa. Luego dijo:

—¿Cree ahora usted?

—Sí, debo creer.

—Vamos a casa de su familiar.

Ya se encontraba dormitando en un diván, abrumada de cansancio. El doctor le tomó el pulso, la miró un buen tiempo con una de sus manos levantada ante sus ojos, que ella fue cerrando poco a poco bajo el incesante esfuerzo de aquel poder magnético.

Cuando se durmió, él dijo:

—Su marido ya no necesita los cinco mil francos. Por tanto, puede olvidar que le ha pedido a su primo que se los preste, y, si él le habla sobre ello, usted no entenderá nada de nada.

A continuación la despertó. Yo saqué una cartera de mi bolsillo:

—Aquí tiene, mi querida prima, lo que me pidió esta mañana.

Se quedó tan sorprendida que no me atreví a insistir. Intenté reanimar su memoria, pero negaba todo con seguridad; creyó que me estaba burlando de ella y casi acaba enfadándose.

...

¡Y eso es todo! Acabo de regresar y no he sido capaz de almorzar de tanto que esta experiencia me ha trastornado.

19 de julio

Mucha gente a la que he contado esta historia se ha burlado de mí. Ya no sé qué pensar. El prudente dirá: «Tal vez».

21 de julio

He ido a cenar a Bougival y después he pasado la velada en el baile de los remeros. Sin duda, todo depende del lugar y del medio. Creer en el mundo sobrenatural en la isla de la Grenouillère sería el colmo de la locura..., pero ¿en la cumbre del Monte Saint-Michel? ¿Y en las Indias? Sufrimos la influencia de todo lo que nos rodea de una forma espantosa. Regresaré a casa la próxima semana.

30 de julio

Volví ayer a casa. Todo está bien.

2 de agosto

No hay nada nuevo. El tiempo es impresionante. Paso los días viendo correr el Sena.

4 de agosto

Peleas entre criados. Dicen que alguien rompe los vasos de noche, en los armarios. El ayuda de cámara le echa la culpa a

la cocinera, que, a su vez, acusa a la costurera, que acusa a los otros dos. ¿Quién será el culpable? ¡Cualquiera sabe!

6 de agosto

Esta vez sí que no estoy loco. ¡He visto..., he visto..., he visto...! Ya no tengo dudas... ¡He visto! Tengo aún frío hasta en las uñas..., tengo aún miedo hasta en la médula... ¡Lo he visto!

A las dos estaba paseando, a pleno sol, por mi parterre de rosas..., por ese camino de rosales de otoño que comienzan a florecer.

Cuando me detuve a observar con detenimiento un gigante de las batallas^[3] con tres espléndidas flores, vi, con toda nitidez, muy cerca de mí, doblarse el tallo de una de esas rosas como si lo torciese alguna mano invisible, y luego se rompió como si la mano lo hubiese cortado. Después la flor fue alzándose, como si siguiese la trayectoria que habría descrito un brazo al llevarla hacia una supuesta boca, y se mantuvo suspendida en el aire transparente, totalmente sola, inmóvil, pavorosa mancha roja a tan solo tres pasos de mi vista.

Perturbado, me abalancé sobre ella para cogerla. Ya no había nada; había desaparecido. Entonces me invadió una furiosa cólera contra mí mismo, pues un hombre razonable y serio no puede sufrir alucinaciones de esa clase.

Pero ¿en realidad era una alucinación? Me volví buscando el tallo y enseguida lo encontré sobre el arbusto, recién cortado, entre las otras dos rosas que continuaban en la rama.

Y así, regresé a casa con el alma turbada, pues estoy seguro, tan seguro como de la alternancia de los días y las noches, de que junto a mí existe un ser invisible que se alimenta de leche y agua, y que puede tocar las cosas, cogerlas y cambiarlas

[3] Variedad de laurel que da flores rojas perfumadas.

de sitio, dotado por lo tanto de alguna naturaleza material, aunque imperceptible para mis sentidos, y que habita, al igual que yo, bajo mi techo...

7 de agosto

He dormido muy tranquilo. Él se ha bebido el agua de mi jarra, pero no ha inquietado mis sueños.

Me pregunto si me he vuelto loco. Cuando iba paseando hace un momento a pleno sol por la orilla del río, me han asaltado dudas sobre mi cordura, no vagas dudas como las que tenía hasta ahora, sino dudas precisas y absolutas. He visto locos; he tratado a algunos que continuaban siendo inteligentes, lúcidos, hasta incluso clarividentes para casi todas las cosas de esta vida, salvo en un aspecto. Hablaban con claridad de todo, con agilidad y en profundidad, y su pensamiento, de repente, cuando tocaban el obstáculo de su locura, se desgarraba completamente en mil pedazos, se dispersaba para zozobrar en ese océano temible y furioso, repleto de olas encrespadas, brumas y borrascas, que se denomina demencia.

Desde luego que me creería loco, totalmente loco, si no fuera consciente, si no conociese mi estado perfectamente, si no lo escrutase analizándolo con una completa lucidez. No sería más que un razonante alucinado. Mi cerebro sufría un desconocido trastorno, uno de esos que hoy tratan de conocer y determinar los fisiólogos, y el tal trastorno habría constituido en mi mente una profunda grieta en el orden y en la lógica de todas mis ideas. En el sueño ocurren fenómenos similares, paseándonos por las más increíbles fantasmagorías sin que por ello nos sorprendamos, porque nuestro aparato de verificación y nuestro sentido del control se encuentran dormidos mientras que nuestra facultad de imaginación está velando y en plena tarea. ¿No es posible que una de esas teclas imperceptibles de nuestro cerebro esté paralizada? Hay hombres que

Fin de la edición promocional